

# Tres notas sobre la transición

Emilio Ickawa

## CUBA. DE LA INDEPENDENCIA TRUNCA A LA REVOLUCIÓN MESIÁNICA

I. A diferencia de otros países con un pasado colonial, en Cuba no hay una fiesta vinculada al día de la Independencia. De hecho, ese día no es preciso en nuestra imaginaria. La historiografía ha intentado solucionar la indefinición recurriendo al manido recurso de la adjetivación; así, se podría distinguir entre una «pseudo» y una verdadera república independiente, la primera alcanzada en 1902 con carácter constitucional, la segunda en 1959 y con carácter constituyente (la Revolución, *per definitionem*, es fuente de derecho; la costumbre, por ejemplo, no).

En su lugar lo que se celebra en la Isla es el inicio de las guerras por la independencia, el 10 de octubre de 1868. Festejo singular pues no está vinculado a la consumación de un propósito sino a la práctica de un método. Como sucede con la República Martiana, establece una tradición por futuridad, el entusiasmo de un proyecto. Por demás, es significativo que se asuma como fiesta no el establecimiento de una paz sino el inicio de una guerra. De ahí que nuestra hagiografía nacional esté formada por una nutrida lista de militares y héroes de la fuerza que, si bien en el siglo pasado implicaban por lo regular una esmerada ilustración, ya en el siglo xx se escinden con frecuencia las cualidades. Se divorcian notablemente el arma y el alma.

No es de extrañar entonces que a un siglo de historia el 1898 se presente a la conciencia nacional como una incógnita. Amén de algunos ejercicios de erudición historiográfica o algún atrevimiento filosófico, serán ante todo los políticos nacionales quienes signen la fecha. Es curioso que aún en las vísperas no haya una señal política explícita, lo que obliga a la discreción en las declaraciones públicas acerca de hacia qué lado de la tensión España-EE.UU se inclinará la valoración cubana.

La intervención norteamericana en la guerra hispano-cubana impidió la emergencia de la nación como totalidad a la vida independiente. La preparación de las bases de una República Cubana entre 1898 y 1902 no concluyó en la nación-una; por el contrario, surge como fruto del éxito de un partido, de una parte. Es decir, nace fragmentada, incompleta, zanjada. Por esta razón tampoco el primer presidente de la República fue un «Padre» sino una suerte de tutor temporal sin la oportunidad histórica de fundar. En consecuencia, la sustitución del presidente Tomás Estrada, intervención norteamericana mediante, no trajo esa situación de fértil orfandad que acompaña a las consolidaciones políticas nacionales. Esta carencia la llenaba de alguna manera la figura inasible de José Martí, un padre espiritual, con un simbolismo profundo y una eticidad enaltecida, pero sin una doctrina económica y política convincente desde el punto de vista instrumental.

La función de Padre, de ese señor-amo que escolta los nacimientos, la había usurpado de hecho (y desde su perspectiva de derecho) el gobierno norteamericano; pero no era un rol que podía cumplir cabalmente dado su carácter de extraño. El verdadero Padre de la nación cubana sería entonces aquél que fuera capaz de negar al Padrastro y en consecuencia ganara el derecho de hablar ya no en nombre de una parte de los hijos sino de todos ellos. En resumen, aquél que tuviera la oportunidad de asumir a los cubanos como una gran familia.

**II.** Las inconclusiones de 1898 dejaron el vacío del Padre Fundador y la mitología asociada al día de la independencia. Los líderes políticos de la República no lograron llenarlo al no poder concretar el potencial mesiánico y tuvieron que «limitarse» a ser jefes de partido. A pesar de que algunos intuyeron la posibilidad de hablar en nombre de todo el pueblo cubano (como Batista y Chivás) no lograron pasar de la representación de clases y capas de la sociedad, cuando no de sectores y hasta grupos de familias. Tampoco fueron muy decididos en la negación del falso Padre, indefinición que desaprovechó la práctica de una demagogia política llamativa que ganara las simpatías nacionales y, como sucede aún hoy, capaz de hechizar a la opinión pública internacional, específicamente a la izquierda norteamericana y la sensibilidad general del socialismo y la socialdemocracia europea.

Fue Fidel Castro, en el contexto de la revolución de 1959, quien pudo convertirse en El Padre capaz de sintetizar las ansiedades pendientes de aquel 1902. Se hizo con el poder no en el nombre de un partido sino del pueblo cubano todo; no reformó sino que impuso su propia fórmula política y se enfrentó en una intensa lucha (cierto que más pública que real) con el Padrastro. Cuba quedaba literalmente bajo su patria potestad, era su casa (ofrecimiento que muchos cubanos pusieron en las puertas de sus hogares: *Fidel, ésta es tu casa*) y los cubanos su familia, hijos a quienes podría castigar o premiar según entendiera. No para su mal, claro está, sino como Padre que era según considerara lo que significaba el bien.

De esta manera se instauraba en el lenguaje público el uso paternalista-autoritario de la primera persona del plural. El *nosotros* se empezó a extender

y ya hoy cunde hasta en el vocabulario de los funcionarios más lejanos. El derecho a hablar por sus hijos, que de alguna manera se tolera al Padre, ha degenerado con el tiempo en esa usurpación que consiste en hablar por otros. Centenares de caricaturas de Padres pululan por la Isla estableciendo indiscriminadamente «los acuerdos que *nos* conviene firmar», «la comida que *nos* conviene comer», «el impuesto que *nos* conviene pagar», etc. Parece olvidarse una vez más que Padre, lo que se dice Padre, hay uno solo, axioma que explica la violencia con que el poder mediocre excede incluso el poder total.

El paternalismo totalizante ha pasado así de fenómeno histórico a institución de la cotidianidad.

**III.** La Revolución de 1959 no cumple el esquema de movimiento parricida pues Batista representaba más bien todo lo contrario a un Padre; era una suerte de Anticristo que ni siquiera perdió el apetito antes de fugarse de Cuba. Por eso, más que una fraternidad que se levanta sobre un Padre muerto, la Revolución de 1959 significó una congregación en torno al Salvador bajado de la montaña, mimado primero como hijo pero, al ver que no venía en nombre de nadie sino de sí mismo, asumido al fin como Padre. Lo más probable es que el movimiento parricida se anule o se posponga.

El bautismo independentista estaba pendiente en Cuba desde la transacción de 1898-1902 y la Revolución lo incorporó a su patrimonio. Como quedaba aún espacio para la «verdadera» independencia dispuso de un aparato argumentativo muy seductor donde se mezclaron en mágica retórica elementos muy caros a un parto político fundacional: independenciamiento (y más precisamente antiyanquismo), contradictadura (formulación falaz de la democracia), realización histórica y fraternidad de todos los cubanos, reivindicación social y ética de la pobreza. Todas las prestidigitaciones propagandísticas posteriores ya estaban implícitas en las combinatorias de estos guarismos. Salirse de la fraternidad era salirse de la patria, de la moral y de su albacea personal. En un sentido más inductivo, faltar al Padre era como faltar a la nación y aún a la condición humana. Historia, moral y política se daban un rotundo abrazo y convergían, hegelianamente hablando, en un hombre-época. El narcisismo de gran parte de nuestra historiografía, prensa, narrativa, oratoria, cine y televisión, no es más que un precipitado lógico de esos presupuestos. La filosofía, por su parte, fue inducida a convertirse en un epifenómeno ideológico de una política con dudoso trasfondo teológico; las claves políticas cubanas son antes biográficas que metafísicas, de ahí la afinidad metodológica que cualquier estudioso cubano puede encontrar en el neotacitismo de Tierno Galván y el «Boletín de Salamanca». La urgencia personalista con que ha acabado desarrollándose una sociedad que desde sus inicios se pretendió planificada (lo afirmaba Fidel, en inglés, en una temprana entrevista, como baluarte de la revolución, junto a la justicia social y la democracia representativa) puede observarse hoy en la ausencia de un verdadero pensamiento socialista que argumente teóricamente el rumbo de la *realpolitik*. En estas condiciones el filósofo deviene en una suerte de funcionario

del saber desmarcado de los compromisos éticos; como metafísico habrá encontrado una causa última de todos los males: el sistema. Con Aranguren estaría bien recordar que si bien «el sistema» utiliza al individuo, tras ese acontecimiento puede percibirse también un individuo que se deja utilizar.

Parafraseando a Ortega podemos decir que en 1959 el «genio» de las revoluciones encontró en Cuba su «oportunidad»; el «hombre» revolucionario se hizo con una «circunstancia» adecuada a sus ansias. La propia historia cubana con todas sus frustraciones y metas trucas, así como un contexto internacional propicio (un amigo poderoso que es enemigo de un enemigo poderoso), permitieron que un hombre se elevara a categoría de Padre-líder-carismático de toda una nación.

Ahora, al terminar el siglo y con él el milenio, sucede que el contexto internacional se ha vuelto opaco para los grandes líderes, sobre todo para los líderes políticos. En cuanto a la historia de Cuba, no es quizás tanto que no quiera trascendentales líderes políticos sino que ya no los necesita; precisamente por haber satisfecho durante estas últimas décadas la demanda de un Padre salvador capaz de articular los sacros discursos de fundación nacional con una práctica política efectiva. Oportunidad ésta que, dicho sea, no tuvo José Martí.

Todo parece indicar que en el futuro más que *Patria* tendremos una *Matria*; no más un Padre protector y severo que premie y castigue según crea lo que es nuestro bien, que nos atraiga al seno del hogar reteniéndonos a su lado, sino una Madre cálida que nos asuma como realmente somos dejándonos partir y regresar a casa cuando lo estemos.

#### EL ÚLTIMO DE LOS POLÍTICOS CARISMÁTICOS

No recuerdo como debiera, pero fue probablemente en una recopilación de Ch. Tilly sobre el nuevo pensamiento historiográfico, donde tuve conocimiento del siguiente relato: se había extraviado en Los Alpes un escuadrón de militares, estaban a la deriva y a punto de ser capturados por el enemigo cuando un oficial encuentra en su bolsillo, por casualidad, un mapa. De repente recuperan la calma, se orientan y tras algunas escaramuzas llegan sanos y salvos a su campamento. Al presentarse al Estado Mayor explican lo sucedido mostrando el mapa salvador. Todo fue comprendido excepto un detalle: el mapa era de Los Pirineos.

El suceso servía al historiador para ilustrar la importancia de la teoría general para la investigación social. Aun cuando ésta resulta falsa, es útil por la confianza que aporta y la capacidad de orientar la búsqueda.

Por esta razón quiero reflexionar sobre las posibilidades que existen de una sucesión carismática en Cuba desde la teoría weberiana; conociendo, claro está, que el pensamiento de Weber no es universalizable en todos sus aspectos y que ni siquiera se basó para realizar sus construcciones teóricas en toda la experiencia europea (de por sí limitada) sino de algunas zonas de alta densidad histórica cuyos límites son Rusia y los países ibéricos. Súmese a esto la versión parsoniana en que aprendimos este pensamiento centroeuropeo.

Hasta cierto punto podría convenirse en que el sistema de dominación instaurado en Cuba después de 1959 ha gozado de una legitimación carismática. Ésta fue posible gracias a una convergencia de factores de dudosa repetición. Destaco tres:

- inconclusiones acumuladas a lo largo de la historia de Cuba,
- contexto internacional propicio,
- características muy personales del líder de la revolución.

Es de destacar que esta situación ha sido comprendida incluso por personas que no vieron en la revolución cubana un suceso excepcional sino un «ejemplo» a seguir por países de la región. En curioso razonamiento algunos simpatizantes de la revolución, y en particular de su líder, han concluido que aun cuando esta experiencia histórica fuese deseable, tal alternativa sería inviable pues descansa en propiedades muy singulares de su dirección.

Lo más interesante del razonamiento anterior está en que la conclusión es también posible de cara a la situación interna, nadie podría mandar en la isla según el estilo de Fidel («mandar»: la terminología militar es intencional). El futuro político de Cuba parece atravesado ya por una regla y no por una excepción.

El carisma está vinculado a cualidades que son o «pasan por ser» extraordinarias; tanto la afirmación como la cota pertenecen al propio Weber. Es más una «relación» que una condición efectivamente distintiva. El líder carismático se suele asociar con lo sobrenatural o sobrehumano, por lo menos con lo extracotidiano. Es lo que ha sucedido en todos estos años con el líder de la revolución cubana, quien públicamente ha sido calificado como «invicto», «invencible» (que es mucho más elevado que invicto pues esta cualidad es sólo una invencibilidad presente, ergo finita), «incomparable» y últimamente de «infalible». Como puede constatar, la construcción de su imagen pública ha apostado al cabo por el modelo teomórfico.

En el carisma es muy importante según Weber la cualidad de «no asequible a cualquier otro»; es decir, el carisma no se comparte y creer que efectivamente un liderato carismático está limitado por un conjunto de normas, convenciones jurídicas, opiniones o contornos teórico-ideológicos definidos es desconocer un elemento básico de la sociología política.

El líder carismático subyuga a sus seguidores (Freud, Le Von, Ortega, Arendt, Canetti) y para lograr su acatamiento no tiene necesariamente que satisfacer sus intereses materiales o su régimen moral. Es un *dador* de sentido y funge también, como han tenido la honestidad de reconocer algunos textos, como fuente de derecho.

Más que subordinados el líder carismático tiene adeptos y hasta adictos; según Weber el vínculo que se establece entre ellos está caracterizado por «una entrega plenamente personal y llena de fe surgida del entusiasmo...»

Como corresponde, el líder carismático no se rodea de una burocracia profesional elegida en términos de competencia técnica sino de «hombres de confianza» más entrenados en obedecer que en ayudar. Tampoco formaliza en su entorno una jerarquía nítidamente estructurada, por eso, para localizar

hacia dónde se han desplazado las simpatías del líder, que es una definitiva señal de la redistribución de poder, hay que recurrir no tanto a los puestos nominales sino a indicadores alternativos, informales, que se dan preferentemente en el ámbito de la «esfera imaginaria del poder» (el sociólogo mexicano Roger Bartra la llamó «redes invisibles») que incluye simbología y liturgia.

Como ha revelado la historiografía francesa, los ayudas de cámara del Rey Sol estaban más cerca del centro de poder que muchos de sus ministros.

Al conformarse los estamentos alrededor del *sympathos* del líder carismático, no existen preceptos definitivos ni jefaturas inamovibles, no hay garantías para el cargo ocupado y las remociones y promociones resultan tan asombrosas como inesperadas. La inseguridad, que a veces roza el miedo, se vuelve así una institución en el arte de dominar.

En la dominación carismática el «deber» funciona como fundamento de la legitimidad; resulta así una suerte de obediencia auto-impuesta (autovigilancia) que se recicla en el nivel ético en términos de fidelidad. Ésta es la razón por la que no hay dimisiones en los sistemas de dominación carismática con base estructural bolchevique (por lo menos no es un uso): cualquier intento de salirse del entramado sería interpretado, incluso por el mismo sujeto que lo intenta, en términos de deslealtad, traición, de ruina moral.

Lo anterior vale especialmente para el círculo de los llamados «hombres de confianza». Se explica que Jesús, otro líder carismático, haya sido más enfático en su condena a la traición que a la enemistad. Él también fue herido por uno de sus discípulos dilectos.

La dominación carismática es por definición *revolucionaria* y tiene una relación de subversión con el pasado; a diferencia de la tradicional que se sustenta precisamente en él: la costumbre engendra derecho. Por esta razón en el futuro político de Cuba aparecen reñidos el continuismo y el autoritarismo carismático. Para preservar ese pasado que será este presente habrá que calificar al futuro y sus actores en términos de «herederos» lo que indudablemente sería un elemento rutinizador de cualquier potencial neo-líder. Sería a todas luces una tarea más extensiva que intensiva.

En una hipotética situación de sucesión podríamos analizar, siguiendo el pensamiento weberiano, las posibilidades que existen de resolver en un nuevo líder la conservación de una «comunidad carismática». Éstas serían las vías para sustituir al líder carismático en *statu nascendi* con un nuevo líder continuador:

a) Búsqueda de un nuevo líder a partir de determinadas señales que debe dar el líder fundador.

b) Por revelación, oráculo, sorteo u otras técnicas de selección.

c) Por designación del sucesor hecha por el portador actual del carisma y su reconocimiento por parte de la comunidad.

d) Por designación del cuadro administrativo.

e) Por la idea de que el carisma es una cualidad de la sangre, «carisma hereditario».

Hasta donde percibo, ninguna de las posibilidades de sucesión carismática son claras en Cuba; de cualquier manera no creo que en rigor ninguna sea

viable: la época histórica de los grandes carismas políticos (sobre todo los políticos) se agota ante nuestros ojos.

Aquí podría ser interesante una digresión metodológica. A pesar de sus aristas tautológicas puede aceptarse, con Durkheim, que el objeto de la sociología son los «hechos sociales», considerando a éstos como una suerte de núcleos estructurantes del mundo de la vida. Apenas habría que añadir que no toda sociedad se organiza en torno a los mismos «hechos sociales» o instituciones; por ejemplo, mientras que un estudio del Parlamento Británico sería importante para comprender a la comunidad política inglesa, no ocurre lo mismo con la Asamblea Nacional del Poder Popular cubana. Si bien formalmente es ésta la última instancia de soberanía, es el Buró Político del Partido y su Secretario General el centro efectivo de un poder constituido que desborda el poder constituyente y cuya realidad es supra y pre-legislativa. Sin embargo, es notablemente grande el poder que formalmente tiene el presidente del legislativo cubano; de ejercerlo, no habría gobernabilidad sin su consentimiento. (Puede recordarse que en un determinado momento Gorbachov apenas pudo gobernar con la propia Duma roja.)

Por supuesto, el análisis pormenorizado de esta serie de cauces queda pendiente, se trata tanto de reflexión como de observación a la evolución de la política cubana. Las señales muy bien podrían estar implícitas o quizás puedan empezar a darse en un futuro próximo. El presagio ya sería otro asunto, para no decir que un asunto de otros.

Sí hay entre todo una señal inequívoca en el horizonte: las faenas políticas se vuelven cada día más administrativas y menos mesiánicas. Rectificando una analogía de Habermas, podemos decir que aunque lo fuimos un día, hoy somos progresivamente menos contemporáneos de los jóvenes hegelianos. La política se trivializa y a la larga será ella quien tenga que amoldarse a la lógica de lo cotidiano.

### **DESPUÉS DE FIDEL, ¿QUÉ?**

I. En 1969 el líder comunista Santiago Carrillo escribía el más conocido de sus manifiestos: *Después de Franco ¿qué?* Inquisición lógica si se tiene en cuenta la irrepetibilidad con que ciertos hombres marcan la manera de vivir y sentir de los pueblos. Desdichadamente son hombres que, por muy resonantes que sean a su paso por la tierra, no son más que criaturas efímeras a los ojos de Dios o modos finitos de la sustancia, para decirlo a la manera de Espinosa. En el mejor de los casos una obligación ética, en otro, una prospección en aras de un reacomodo político.

«Después de Franco» no era un simple estado de la sociedad española, era nada menos que la experiencia de una nueva dimensión histórica. Pensar sobre ella fue, cuando menos, un ejercicio de prudencia.

Comenzar a pensar nuestro destino como personas a partir de Fidel me resulta incómodo desde diferentes puntos de vista. Él es la condición de nuestro nacimiento, «El padre omnipresente»; sobre todo para aquéllos que, nacidos después de 1959, no tenemos otra imagen pública que su imagen, otro

contexto que su condición. Y tan significativa me resulta una reflexión de este tipo, que no puedo seguir adelante sin aclarar algunos de los términos implicados en el título.

Digo Fidel y no Castro (como si Carrillo hubiese dicho Francisco) porque en el código de intercambio político cubano el nombre expresa cierta cercanía que no lo hace el apellido; así, evidencio que no hablo de algo que miro desde lejos sino como refería Jorge Mañach en su texto *El drama de Cuba*, me las estoy arreglando con los «trapos» en casa.

Adentrarse en temas como éste puede ser considerado tanto una audacia como una imprudencia, tiene que ver más con una nueva dimensión de la conciencia que con un replanteamiento intelectual. Fidel es una época, una manera y una frontera del entendimiento cubano; si la sociología hubiese cuantificado, o al menos establecido por consenso, cuándo un experimento político puede ser considerado en términos de tradición, entonces habría que reconsiderar el tratamiento en términos de anomia de fenómenos que se van naturalizando por su práctica continuada. Resulta que para la conciencia cubana el autoritarismo que supone un ordenamiento social ejecutivista se ha cotidianizado peligrosamente.

El «después» es también un término arduo. Por una parte no quiero que se interprete como el tiempo que sucederá a una muerte, siempre lamentable por la estela de dolor que deja entre los amigos y familiares cercanos; que más allá de los lutos oficiales momentáneos, son quienes verdaderamente sufren una muerte. Pero tampoco soy ciego a las suspicacias que implica un «después» asumido como distanciamiento del poder aún en vida de quien lo ostenta. Asunto totalmente ajeno a esta escritura. La posibilidad de que exista una fórmula política basada en un retraimiento del poder es poco realista; Fidel manda en Cuba, si algo ha demostrado en estos años es precisamente gobernar a los cubanos, los de dentro y los de fuera, haciendo para ello los más insólitos malabarismos. Fidel ha corregido a Bismarck: ha llevado al marco de la eficacia política incluso el arte de lo imposible (reflexionemos un instante: ¿muchas de las posiciones políticas de la revolución cubana no se basan paradójicamente en acuerdos con los norteamericanos?). Personalmente opina, reconozcamos que no muy equivocadamente, que a los que se retiran nadie les hace caso; una institución política como la «expresidencia» en Colombia o los EEUU, o el «maximato» en México es de momento impensable en Cuba donde, a pesar de todo, el estado está por constituir. Por otra parte hay que agregar que las posibilidades anteriores carecerían de interés para una personalidad de la fuerza de Fidel. No caben dudas de que la duración biológica es una variable esencial a la hora de considerar las perspectivas del actual ordenamiento político cubano.

En fin de cuentas, lo que quiero señalar es el hecho de que los cubanos hemos pensado muy poco en el momento histórico en que este país no se pueda dirigir más como lo hace Fidel; porque él es, además de un ser humano concreto, una manera de mandar y hasta un estilo de ejercer el poder: en un ministerio, en una universidad, en un restaurante y hasta en un hogar. Él



es la cifra de un comportamiento que a la altura de casi cuarenta años tiene pretensiones de tradición.

**II.** La revolución de 1959 satisfizo el ánimo antibatistiano de gran parte del pueblo cubano y permitió la emergencia de un líder, la situación liminal en que vivía el país contribuyó a que su protagonismo histórico alcanzara cumbres hasta entonces desconocidas en Cuba. Ninguna de las nuevas lecturas de nuestra historia desmienten el hecho de que el carisma de Fidel prendió en amplios sectores de la población cubana, incluyendo a intelectuales liberales y a duros críticos hoy exiliados. En la revista *Bohemia*, por ejemplo, en fecha tan temprana como abril de 1959, pueden encontrarse sendos artículos que apelan enfáticamente a las dotes políticas individuales del máximo líder de la revolución cubana; se titulan «Fidel, no nos falles» y «Los chipojos», ambos están firmados por una de las voces anticastristas más radicales del exilio miamense.

Si bien se han recompuesto hechos a favor del protagonismo de Fidel en detrimento de algunos de sus compañeros, fieles suyos, por demás, ninguna historiografía puede desmentir el hecho de que Fidel encabezó aquella revolución triunfante legitimada negativamente en un movimiento anti-dictatorial. A diferencia de Franco, que tiene detrás una querrela contra una república, Fidel se yergue contra un tirano. Si alguna analogía soporta el caudillo español en este punto es precisamente con Batista y no con Fidel.

Después de casi cuarenta años ese carisma sigue, a pesar de los consabidos elementos rutinizantes, funcionando. La dominación de legitimización carismática se da, como señala Weber, en *statu nascendi*; corresponde pues a los fundadores, a los líderes que ponen una simiente sobre la que se enraíza un sistema de valores y creencias. Es el caso de Fidel. La revolución cubana es de alguna manera *su revolución*, lleva su signo: es su reflejo. Ha acabado por serlo.

El halo político de Fidel es de magnitud tal que a veces parece que se ha apoyado más a un hombre que se canaliza a través de un proceso que a un proceso que se representa en un hombre. Su figura no sólo sobresale entre sus antepasados políticos (cuyo personalismo continúa y desborda), sino que prácticamente anula a todos los que hoy le rodean en la cúpula dirigente cubana.

No quiero afirmar que habría una crisis de sucesión, sino sencillamente que no habría posibilidades efectivas de una sucesión carismática; que no habría lugar para que alguien tratara de reencarnar el mesianismo político. Aunque apenas se menciona hoy, hace unos años habló de la posibilidad de una dirección colegiada; es sin duda algo a tener en cuenta por el debilitamiento de la figuración política que ésta supone.

Fidel ha agotado el modelo de gobierno ejecutivista en la historia de Cuba; reeditarlo después de él, y aún más aceptarlo, es haber tirado por la borda cuatro décadas de existencia histórica. Sería una irresponsabilidad con quienes hemos tenido que vivirlo. Creo que desde el punto de vista de la historia política cubana éste es el gran mérito de Fidel: no ha dejado ya más espacio que para EL ESTADO NACIONAL DE DERECHO.

Si se revisa la membresía del aparato político cubano se comprobará la ausencia de hombres capaces de heredar su estilo de mando; su autoridad indiscutida entre militares, intelectuales, obreros y funcionarios; tampoco de alcanzar sus resonancias internacionales. En cuanto a la manera de dialogar en los eventos de masas, su arte oratoria ha anulado la diversidad de esta tradición tribunicia cubana que gustara destacar Manuel Sanguily. Desde el simple responsable de aula al secretario provincial del partido, desde un deportista a un gerente hotelero, los oradores no hacen sino imitar su estilo que incluye gestos y vocabulario. (Recientemente, a raíz de un trágico suceso, un inversionista italiano realizó una comparecencia televisiva donde calcaba las palabras, los énfasis y hasta los ademanes de Fidel.)

Pero no sólo la oratoria de los políticos de segundo orden, hasta el propio pensamiento social se aferra a sus palabras, llegando a convertir en paradigmas conceptuales giros que en sus discursos apenas tratan, siguiendo a Quintiliano, de lograr un efecto simpático a través de la relajación jocosa. Así, lo más contundente que la sociología cubana ha dicho públicamente (no me refiero a la «opinión privada» sino a lo escrito y publicado) como balance de lo acontecido en Europa del Este es que se trató de un «desmerengamiento». Ni más ni menos.

A esta altura sabemos muy poco del resto de los dirigentes del país; de sus gustos, sus lecturas, sus entretenimientos. Dicen ellos que siguen al pie de la letra los principios de la revolución; eso está muy bien, pero resulta que los principios no todo el mundo los trabaja y los porta de la misma manera. Es evidente que el pensamiento político revolucionario de los más jóvenes no puede ser el mismo; ni se educaron con sus libros, ni tuvieron sus maestros. Este silencio hace casi imposible la emergencia de un nuevo carisma pues a éste, igual que a todo lo demás, hay que cultivarlo; por esta razón celebro personalmente tanta discreción.

**III.** Esta situación tampoco es privativa de Cuba. En este fin de milenio estamos asistiendo a la revelación cardinal de la historia humana (apocalipsis es revelación): el fin de las «ingenuidades» totalizantes que durante siglos desviarón al hombre de su propio ser esencial. Al fin comprobamos que el hombre está solo: ésa es la premisa de la más perdurable utopía.

Y no es que las utopías políticas estén cuestionadas políticamente en su dimensión ilusiva, tan necesaria al hombre; resulta que todas han pasado por el poder y no han hecho más que encontrar justificaciones para dejar las cosas tal y como estaban. Si el socialismo o el liberalismo, si el sionismo o el maoísmo, no hubieran ostentado el poder aún les quedaría el pretexto de lo potencial. Pero ya la historia conoce adónde llegaron.

Al irse desacreditando las grandes metas de la historia, los gobernantes no deberían tener otra «misión» que la de propiciar una felicidad centrípeta, la utopía de la soledad. No han de ir más allá del establecimiento de garantías para que el hombre viva feliz consigo mismo y con su familia. Esta redención vestal no debe evaluarse como complacencia; téngase en cuenta que en una

conciencia crítica educada en la ubicuidad de la retórica de una izquierda en el poder, los exorcismos suelen producirse en el ámbito de la derecha radical. Se comprende entonces que en estas nuevas condiciones un político no tenga muchas posibilidades legítimas de encantar o fanatizar a sus seguidores. Churchill, por ejemplo, debía guiar a una nación en una guerra donde se jugaba el destino de una civilización, mientras el actual primer ministro debe vérselas con el tragicómico asunto de las vacas locas. El primero debía solicitar para tan alta empresa el consejo de un Toynbee, el segundo de un equipo de ejecutivos. Por su parte De Gaulle, como confesó a Malraux, fue una suerte de resistente opuesto a los poderosos; gran destino comparado al de un Chirac que tiene que decidir cómo resolver el problema de la seguridad social. De similar manera Franco y hasta Suárez encararon duras pero energizantes batallas políticas, en tanto los gobernantes españoles posteriores tuvieron que enfrentar el problema del excedente de sandías o vino para encontrar un lugar en la Comunidad Europea.

Esta situación internacional se cruza en Cuba con la visible falta de demanda de nuevos líderes carismáticos, lo que evidencia una vez más que no es sólo cubana la cuestión cubana. Y no es que el liderato político haya fracasado en Cuba, sino que se agotó. Algún pretendido sucesor histórico carismático significaría una repetición que, como gustaban decir Hegel y Marx, primero resultaría trágico y después cómico.

El futuro político cubano no podrá ser un «anti» sino sencillamente un «post»; el estudioso cubano Iván de la Nuez ha señalado que Miami se configura definitivamente como una ciudad postcomunista, eso, después de haber sido rotundamente anticomunista. Algo similar ocurre en la isla con Varadero, Cayo Largo y otras zonas de exclusividad para el turismo occidental, evolucionan de civitas sacrificiales a postguevaristas.

Quizás otros pueblos de la región deban agotar demandas de líderes nacionales intensos, nosotros debemos declarar cubierto ese camino. En medio de esa faena histórica cubierta no sin sacrificio resuenan como para nosotros estas palabras que Goethe dijo a su querido Eckermann: «... con que se enseñase (...), según el método de los ingleses, menos filosofía y más energía activa, menos teoría y más práctica, ya estaríamos casi redimidos, sin que fuese necesaria la aparición de un personaje sublime, de un segundo Jesucristo, para salvarnos».